

# Primera parte

## El recién nacido

Hola, soy Lactante

*Hola, me llamo Lactante<sup>1</sup>, aunque en realidad me deberían cambiar el nombre, ya que ayer mismo cumplí el año de vida.*

*Por fin me he recuperado, veinticuatro horas después, de la tumultuosa tarde a que me sometieron unos mayores que parecían muy contentos. Querían que soprase una velita incrustada sobre una tarta de color rosa (la verdad, no me gustó nada el color). No sé soplar porque mi desarrollo aún no me lo permite. Además, mi padre no paraba de lanzarme fogonazos a dos tiempos (suave... bruto, suave... bruto...). Él decía que era el efecto "ojos rojos". ¡Pero yo le veía disfrutar tanto! Se acababa de comprar una cámara digital. Siempre miraba a la cámara y me decía tonterías para que riese. ¿Pero por qué no me miraba a la cara, como antes? Menos mal que podía estirarle del pelo a mi amigo Jordi una y otra vez. ¡Qué gran amigo!*

*Quiero contarles todo lo que he aprendido en este primer año de vida. La experiencia es la experiencia y tengo mucho que contar, aunque lo que más me ha impulsado a escribir ha sido el saber que mis padres han tenido que hacer conmigo cosas muy distintas de las que hicieron con mi hermano hace quince años.*

### El parto

*Me esperaban. Hacía unos días que toda la familia pero, sobre todo mis padres, estaban pendientes de mi llegada. Es cierto que esta cosa mía no*

<sup>1</sup> En Pediatría recibe el nombre de *lactancia* la época que abarca desde el nacimiento hasta el año, por lo que lactante es el niño menor de un año. La época de recién nacido o neonato es la que comprende hasta los 28 días de vida.

*era algo que fuese imprevisto, pues sabían desde hacía casi nueve meses que venía de viaje, pero ahora estaban contando las horas finales de trayecto, entre nerviosos e ilusionados. Sabían que podía adelantarme o atrasarme, pero ellos han sido muy viajeros y están acostumbrados a todo. Espero que a casi todo, porque yo no habría aceptado un cambio de billete. De algún modo ya me conocían, ya me habían visto en la "tele" de la ginecóloga y hasta sabían mi nombre, un nombre elegido, claro está, por mi madre y mi hermano Rubén con la ayuda de un libro que les trajo mi padre.*

*Aún me acuerdo de ese día en que asomé la cabeza y vi tantos focos de luz frente a mí. Creía que era un actor tan famoso que había ganado un Oscar. No, no era un sueño, simplemente estaba a punto de nacer.*

*Unos instantes antes, y esto lo recuerdo con bastante claridad, oí cómo animaban a mi madre.*

*– Empuja, empuja fuerte, le decía la matrona.*

*– Inspira y mantén la respiración. ¡Ánimo que ya está ahí!, –añadía la ginecóloga.*

*También recuerdo que hablaban de un registro toco-cardiográfico en el que comparaban mi frecuencia cardíaca con la presión del útero ejercida por las contracciones de mi madre. Todo iba bien, pero alguien tuvo una duda acerca de mi salud, así que me pincharon en el cuero cabelludo para hacerme una gasometría<sup>2</sup> que descartase una acidosis metabólica<sup>3</sup>. Afortunadamente el pH era normal. No soy vanidoso, pero no me hubiese gustado nacer a las cinco de la mañana por cesárea, para lo que, según me contó después Rubén, habríamos corrido todos por el pasillo hacia el quirófano: la matrona, el celador, el pediatra, la ginecóloga, el enfermero y la anestesista, mi madre y... yo.*

*Mi hermano sacó una matrícula al nacer, según dicen mis padres. Después ha continuado con notables y aprobados en su vida académica. ¿Qué más da si es feliz? A mí me pusieron un 9 y un 10 en el test de Apgar. ¡No está mal empezar la vida con un sobresaliente! Siempre, sin embargo, he tenido una duda: ¿por qué me dieron aquel azote al nacer? ¿Qué había hecho yo? ¿No está bien con un 9?*

*Por cierto, ¿por qué nació a las cinco de la mañana como mi hermano? ¿Qué pacto tendrá mi madre con la luna? Debo reconocerlo, aquella noche será la más bonita de mi vida. Soñé que el cielo era nítido, salpicado por guiños luminosos que miraban de reojo a una luna adormecida que vigilaba mi llegada. Cuando desperté, pude ver, sin embargo, un*

<sup>2</sup> La gasometría es un análisis de sangre en el que se determina el pH o estado de acidez, la presión parcial de los gases (oxígeno y anhídrido carbónico, de ahí el nombre de gasometría) y la concentración de bicarbonatos en sangre.

<sup>3</sup> La acidosis metabólica es signo de sufrimiento fetal. En la acidosis metabólica está alterado el equilibrio ácido-base de la sangre: el pH es bajo (hay aumento de la acidez) y está disminuida la concentración de bicarbonatos en sangre (contrarrestan la acidez, pues son alcalinos).

foco de luz rojiza en el techo y empecé a notarme calentito por el roce de una toalla no tan suave como decía el libro que había leído mi madre. Claro que luego me enteré de que en el hospital no conocían el jabón suavizante, porque la ropa de la cuna también estaba durita. Pero, en fin, pensé, ya estoy aquí que es lo importante.

Cuando me entregaron a mi madre, ella me miraba con cariño buscando dónde besarme. Un momento después, mi padre me cogió en brazos y leí en su frente: ¿dónde tendrá este niño el manual de instrucciones? Si el pediatra dice que está bien, ¿cuánto tiempo durará la garantía? ¿Cada cuánto hay que hacer las revisiones?

En fin, me dije, vamos a perdonar al padre informatizado actual que quiere dominar todas las situaciones y veamos qué hay debajo de su cerebro. Y ahí, para sorpresa mía, encontré un corazón de padre al notar la suave y sostenida tensión de su palma derecha abrazando mi cabecita. Bueno, pues prefiero a este hombre demasiado organizado del siglo XXI que a mi abuelo, al que oí decir con orgullo hace unos meses, desde el interior del útero, que él no cogió a su hijo para cambiarle los pañales, porque eso era "cosa de su mujer" y no lo hizo hasta que tuvo doce meses cuando ya parecía lo suficientemente mayor.

Mi hermano me dijo que en el paritorio me pondrían unas gotas oscuras en los ojos y que debería aprender a restregarme la cara para poder ver a mamá. Que luego me seguirían poniendo gotas en casa durante una semana y, por fin, ya podría ir viendo todas las cosas mejor. Pero no, tampoco esta vez acertó, me pusieron una pomada transparente y, al cabo de unos segundos, ya veía a mamá, eso sí, algo borrosa.

Por cierto, también me contó Rubén que en el paritorio me pincharían en la nalga y que donde él nació se oía el "Eres tú" de Mocedades. Pues no, me pincharon en los dos muslos y allí no sonaba ninguna música. Sólo se oían mis gritos. Todo el mundo se puso contento, porque lloré con fuerza, sobre todo mi padre, que paseaba orgulloso con su recién reestrenada paternidad.

## En la habitación

Rubén probó el chupete al nacer, el suero glucosado a las tres horas y, por fin, a las seis horas de vida ya le dijeron que podía mamar. ¡Qué lío!, decía él. "Tengo tres cosas distintas para chupar y las tres las tengo que aprender en seis horas." Lo que han hecho conmigo, la verdad, es tan distinto que ni me lo esperaba... Ahí sí que he visto grandes diferencias. Yo diría que aprendí a mamar en la primera media hora de vida, claro que uno es bastante espabilado. No me dieron suero glucosado y mi madre tuvo que esconder el chupete de la enfermera ¡Con lo que me gustaba el "pipo"!

*A los dos días oí que decían que nos íbamos a casa. ¡Qué alegría!, dijo mamá. Creo que se alegraba al poder tirar, por fin, esos cestos de flores multicolores que olían a demasiadas cosas a la vez. En cuanto a mí, la verdad, no he llegado a acostumbrarme a este fabuloso y ajetreado ambiente del hospital: ruidos del carro de la comida a horas europeas, el gotero que se acaba, la auxiliar que toma la temperatura de dos en dos, la vecina de habitación que se encuentra mejor y pasa a ver lo guapo que soy, las visitas vespertinas de Rubén y sus tres amigos adolescentes. Habría preferido quedarme unos días más para jugar con los amigos llorones (no como yo, dormir y mamar) que, aunque parecían tan simpáticos, tenían unos nombres difíciles de memorizar: Kevin, Jonathan, Mikel, Jennifer, Jessica...*

*Para mí todo iba bien, me llevarían a otra casa. Y, aunque no conseguí memorizar los e-mail de mis amigos, ya los vería en algún Burguer un día soplando velas en la mesa de al lado y repartiendo juguetes desmontables del "todo a cien". Pero, de repente, una repeinada y sonriente enfermera me cogió en bandolera y le dijo a mamá que iba a hacerme la prueba del talón. Menos mal que Rubén me lo había dicho hacía dos meses cuando estaba en el útero. "Te pondrán dos pinchazos mientras estés en el hospital: la vitamina K y la prueba del talón." Pero no, yo ya llevaba dos (vitamina, vacuna) y ahora el tercero (la prueba del talón). Ah, y dos días después me hicieron otra prueba del talón: ¡el cuarto pinchazo! No entiendo cómo dicen que la Pediatría ha mejorado tanto en los últimos años. Para mí, vamos sí esto es mejorador...*

## En casa

*Tuve la suerte de ser el segundo hijo de mi casa, así que me hicieron sólo unas pocas fotos en la primera semana de vida. Y hasta en eso se equivocó Rubén: "Te fotografiarán, decía, el primer estornudo, el primer hipo, la primera sonrisa, el primer llanto, el primer...". Pues no, mi padre fue muy comedido como todos los padres del segundo hijo. Ajustaba un objetivo larguísimo a su Nikon y esperaba a que hiciese muecas. La fotografía que más me sorprendió fue aquella que me hizo cuando levanté el puño izquierdo cerrado, como desperezándome. Decía muy contento: esta foto es un presagio, algún día será histórica. No entendía nada. Y aún entendí menos cuando me fotografió la mancha roja de la nuca, porque había leído que desaparece al año de vida. Yo no se lo quería decir, pero esa mancha estaba ahí como símbolo del padre tacaño que tengo. No le quiso comprar un paquete gigante de palomitas a mi madre hace tres meses cuando fueron al cine a ver Cuatro es mucho más que tres. Estáis gorda, le decía él. Pues claro, pensaba yo, éramos tres y ya casi cuatro.*